

estupideces que, por desgracia, han costado el reposo á mi pobre amiga y la fortuna de su padre á mi pobre ahijada. No es Max Gilet hijo de mi hermano, á quien, en otro tiempo, aconsejé yo que no malgastara su dinero; y tan bien como yo sabe usted que la mujer de Rouget era la virtud personificada....

— Y la hija es digna de la madre, pues me parece bien necia. Después de haber perdido toda la fortuna, de tal manera ha educado á sus hijos, que uno está en la cárcel, amenazado de proceso criminal por conspiración; y el otro, todavía está peor, pues es pintor... Si se quedan aquí los protegidos de usted hasta arrancar á Rouget de las garras de la Enturbiadora y de Gilet, comeremos más de un celemin de sal con ellos.

— Basta, señor Hochón, y desee usted que salgan con bien de su empeño.

Cogió Hochón su sombrero, su bastón con puño de marfil, y salió petrificado por aquella última frase, pues no creía en tanta resolución por parte de su mujer. En cuanto á la señora de Hochón, tomó su libro de oraciones para leer la misa, pues no podía ir á la iglesia todos los días; bastante trabajo le costaba ya ir los domingos y días de fiesta. Desde que recibió contestación de Ágata, añadía á sus oraciones habituales una para pedirle á Dios que le abriera los ojos á Rouget, que bendijese á Ágata y que permitiera que tuviera buen éxito la empresa que ella misma había organizado. Sin que sus nietos lo supieran, había pedido al cura que dijera, con tal intención, misas por espacio de una novena que en nombre suyo estaba haciendo su nieta Adolfiná Borniche.

Adolfiná, que á la sazón contaba dieciocho años, y que, desde hacía siete, vivía con su abuela, en aquella casa fría con costumbres metódicas y monótonas, hizo con tanto más gusto la novena,

cuanto que deseaba inspirar cariño á José Bridau, aquel artista desdeñado por el señor Hochón, y al que se interesaba ella mucho, á causa de las monstrosidades que su abuelo atribuía á aquel parisiense.

Además, los ancianos, la gente prudente, la cabeza de la ciudad, los padres de familia aprobaban la conducta de la señora de Hochón; y sus votos á favor de la ahijada y de sus hijos estaban de acuerdo con el secreto desprecio que desde ha tiempo les inspiraba la conducta de Max Gilet. De modo que, la noticia de la llegada de la hermana y del sobrino de Rouget produjo dos partidos en Issoudun; el de la alta y antigua burguesía, que había de contentarse con hacer votos y presenciar los acontecimientos sin tomar parte en ellos; y el de los caballeros de la Ociosidad y de los partidarios de Max, quienes, por desgracia, eran capaces de intentar varios golpes contra los parisienses.

Aquel día, pues, Ágata y José desembarcaron en la plaza Mijeria, en la oficina de las mensajerías, á las tres de la tarde. Aunque cansada, la señora se sintió rejuvenecida al ver su país natal, en donde, á cada paso, recordaba acontecimientos y personas de su juventud. En las condiciones en que entonces se hallaba Issoudun, supose en seguida en toda la ciudad la llegada de los parisienses. Salió la señora de Hochón hasta su puerta para recibir á su ahijada, y la abrazó y besó cual si fuera hija suya. Después de haber llevado durante setenta y dos años una existencia vacía y monótona, en la que, mirando atrás, veía los sepulcros de sus tres hijos, fallecidos los tres en plena desgracia, habíase hecho una especie de maternidad ficticia para con una joven á la que, según expresión suya, había tenido durante dieciséis años en sus bolsillos. En medio de las tinieblas de la provincia, había acariciado aquella antigua amistad,



aquella infancia y sus recuerdos, como si hubiese estado presente Ágata; y por eso se apasionó por los intereses de los Bridau.

Ágata fué llevada en triunfo por la sala, en la que el digno señor Hochón permaneció tieso y frío.

— Aquí está el señor Hochón : ¿ cómo lo encuentra ?

— Pues como lo ví la última vez.

— Bien se ve que viene usted de París, dijo el anciano, es usted complimentera.

Después siguieron las presentaciones, la de Baruch Borniche, muchachote de veintidós años; la de Francisco Hochón, que tenía veinticuatro años, y la de la joven Adolfiná, que se sonrojaba, no sabiendo qué hacer de sus brazos, y sobre todo de sus ojos, pues no quería dejar ver que miraba á José, al que curiosamente examinaban los dos jóvenes y el viejo Hochón, pero con miras distintas. El avaro pensaba :

— ¡ Sale del hospital; debe de tener un hambre de convaleciente!

Los dos jóvenes decían :

— ¡ Vaya una cabeza! nos dará más de un disgusto.

— Este es mi hijo el pintor, mi buen José.

Aquel *buen* revelaba, por la manera como fué dicho, el corazón de Ágata, el cual estaba en el Luxemburgo.

— Parece estar enfermo, exclamó la Hochón; no se parece á ti...

— No, señora, saltó diciendo José con la brutal ingenuidad del artista, me parezco á mi padre, pero empeorado.

Apretó la Hochón la mano de Ágata, que tenía cogida, y le echó una mirada. Aquel gesto y aquella mirada significaban : « De sobra comprendo, hija mía, que le prefieras al calavera de Felipe.

— Nunca he visto á su padre de usted, hijo mío, dijo en voz alta la señora de Hochón; pero, para que yo le quiera, basta con que tenga usted la madre que tiene. Además, tiene usted talento, según me escribía la difunta señora de Descoings, la única de la casa que me diera noticias de todos, en estos últimos tiempos.

— Talento, aún no, contestó el artista; pero con tiempo y paciencia, quizá consiga ganar gloria y fortuna.

— ¿ Pintando ?.., dijo con profunda ironía el señor Hochón.

— Adolfiná, ve á ver cómo anda la comida, dijo la señora de Hochón.

— Mamá, voy á colocar nuestros baúles, que ya llegan.

— Hochón, enseña las habitaciones á la señora de Bridau, dijo la abuela á Francisco.

Como se servía á las cuatro la comida y que eran las tres y media, se fué Baruch á la ciudad para llevar noticias acerca de la familia Bridau : quería dar cuenta del traje de Ágata y sobre todo de José, cuya cara atormentada, enfermiza y tan característica, se parecía al retrato ideal que se hace la gente de un bandido. Aquel día, en todas las casas sólo se habló de José.

— Parece ser, decían, que la hermana de Rouget ha vivido cara á cara con un mono durante su preñez, pues su hijo es un verdadero mico. — Tiene cara de bandido y ojos de basilisco. — Dicen que da miedo verle. — Pues así son todos los artistas en París. — Son malos y suspicaces. — Como que algo de eso tiene su oficio. — Dicen que los demás viajeros de la diligencia estaban asustados. — Tiene las sienes hundidas y hace gestos de loco. — Ese chico es capaz de todo; quizá se le deba el que su hermano, alto y buen mozo, haya tomado por mal camino. — No parece



feliz la pobre señora de Bridau con semejante hijo. — ¿Si aprovecháramos su estancia aquí para que nos hiciese nuestros retratos?

De todo esto resultó gran curiosidad. Cuantos tenían derecho á ir á ver á los Hochón se prometieron hacerles una visita aquella misma tarde para examinar á los parisienses. La llegada de aquellas dos personas era tanto, para una ciudad inmovilizada como Issoudun, como la viga que cayó en el charco lleno de ranas.

Después de haber colocado en los dos cuartos abohardillados el contenido de los baúles, José examinó aquella casa silenciosa en que las paredes, la escalera y las maderas carecían de adornos y destilaban frío, pues sólo se veía lo estrictamente necesario. Entonces se dió bien cuenta de lo que es pasar del poético París á la muda y seca provincia. Pero cuando, al bajar, vió al señor Hochón cortando él mismo rebanadas de pan para cada uno, comprendió, por primera vez de su vida, qué cosa es un avaro.

— Más cuenta nos tuviera haber ido á una posada, se dijo en sí mismo.

El aspecto de la comida confirmó sus temores. Después de una sopa cuyo caldo claro anunciaba que más se buscaba la cantidad que la calidad, sirvieron la carne del cocido, triunfalmente rodeada de perejil. La legumbre, servida en plato aparte, parecía tener mucha importancia. Aquella carne ocupaba el centro de la mesa, rodeada de tres otras fuentes: huevos duros sobre acelgas, y una ensalada. Como postre, natillas en las que todo se había escaseado. En los dos extremos de la mesa había mantequilla y rábanos. Tal era aquella comida, que mereció las aprobaciones de la señora de Hochón. La buena anciana hizo un movimiento de cabeza que significaba que era feliz al ver que su marido, siquiera por el primer día, se había

portado. El anciano contestó con una ojeada y un movimiento de hombros que bien claramente significaban: « ¡Mire qué locuras me hace usted hacer!

Después de haber sido cortada la carne por el señor Hochón en pedazos cual suela de zapato de baile, quedó sustituida por tres pichones. El vino era del sitio mismo, pero bueno. Por consejo de su abuela, Adolfiná había puesto dos floreros con flores.

— ¡En la guerra como en la guerra! pensó el artista al ver la mesa.

Y se puso á comer como quien se había desayunado á las seis de la mañana con una taza de café imposible. En cuanto hubo tragado su pan y que pidió más, el señor Hochón se levantó, buscó lentamente una llave en el fondo del bolsillo de su levita, abrió un armario detrás de él, blandió un pan de doce libras, cortó ceremoniosamente otra rodaja, la dividió en dos, la puso en un plato y pasó el plato por medio de la mesa hasta el joven pintor, con el silencio y la sangre fría de un viejo soldado que se dice, al comenzar una batalla: « Vaya, quizá me maten hoy. » Tomó José la mitad de aquella rodaja y comprendió que no había de pedir más pan. Á nadie de la familia chocó esta escena, tan monstruosa para José. Seguía la conversación. Ágata supo que la casa en que había nacido, la casa de su padre, antes de que éste heredara la de los Descoings, había sido comprada por los Borniche, y manifestó deseo de volverla á ver.

— Supongo, le dijo su madrina, que los Borniche vendrán esta noche, pues toda la ciudad se descolgará aquí, con objeto de examinarles á ustedes, y la invitarán á que vayan á verles.

Trajo la criada el famoso queso blando de Turena y del Berri, hecho con leche de cabra, y



que tan fielmente reproduce los dibujos de las hojas de viña sobre las cuales lo sirven, que es mucho que no se haya inventado en Turena el grabado. De cada lado de aquellos quesitos puso Margarita, con cierta ceremonia, nueces y bizcocho inamovibles.



— ¡Fruta, Margarita! dijo la señora de Hochón.

— Es que no la hay podrida, señora.

Soltó José una carcajada cual si estuviese en su taller con sus compañeros, pues en seguida comprendió que había degenerado en costumbre el comenzar por la fruta estropeada.

— No importa, aun así la comeremos, contestó con el tono alegre del hombre que se decide.

— ¡Pero ve, señor Hochón! exclamó la anciana.

El viejo, muy escandalizado, por el chiste del

artista, trajo melocotones, peras y ciruelas.

— Adolfiná, ve á cortar algunos racimos de uvas, dijo la señora de Hochón á su nieta.

Miró José á los dos jóvenes con aire que parecía decir: « ¿Es posible que, comiendo así, estéis tan gordos? » Comprendió Baruch aquella mirada incisiva y se sonrió; poco significaba aquel género de vida á muchachos que, tres veces por semana, cenaban en casa de la Cognette. Además, antes de la comida, Baruch había recibido aviso de que el gran maestre convocaba á la orden en pleno para media noche, para regalarla de lo lindo, al

pedir de ella ayuda para un asunto. La comida de casa de Hochón explica cuán necesarios eran los festejos en casa de la Cognette á muchachos llenos de salud y con apetito siempre listo.

— Tomaremos el licor en el salón, dijo la señora de Hochón levantándose y pidiendo con un gesto el brazo de José.

Al salir la primera, pudo decirle al pintor:

— Pobre amigo mío, no se te indigestará la comida; así y todo, mucho me ha costado conseguirla. Mientras estés aquí, harás penitencia, no comerás lo necesario para vivir.

Así es que, resignate.

La sencillez y la gracia de aquella anciana, que se acusaba de la insuficiencia de su mesa, gustó al artista.

— Cincuenta años hace que vivo con ese individuo, y nunca he sentido en mi bolsillo cincuenta francos *mios*. Si no se tratase de salvaros una fortuna, jamás os hubiera llamado, á tu madre y á ti, á esta cárcel.

— ¿Y cómo es que aún vive usted? dijo ingenuamente el pintor con esa alegría que nunca abandona á los artistas franceses.

— Porque rezo.

Sintió José un ligero calofrío al oír esta palabra que de tal manera crecía ante sus ojos á la anciana, que se apartó para contemplar su rostro; lo halló radiante é impregnado de tal serenidad, que le dijo:

— Haré su retrato de usted.





— No, no, contestó; harto me he aburrido en la tierra para desear seguir en ella, aunque sólo sea en pintura.

Y al decir alegremente tan triste palabra, sacaba de un armario un frasco de licor hecho por ella misma según receta dada por unas monjas. Adolfinina llevaba una bandeja de laca llena de copitas con grabados y cantos dorados; y á medida que su abuela llenaba una, iba á ofrecerla.

Dicha inmutable ceremonia le recordó á Ágata su juventud.

— Hochón se irá dentro de poco á su tertulia á leer los periódicos y dispondremos de un ratito, le dijo la anciana.

En efecto, diez minutos después, sólo hubo en el salón las tres mujeres y José. Aquel salón, cuyo piso nunca se frotaba, sino que sólo se barria, con su mobiliario sencillo y casi sombrío, apareció á Ágata tal como lo había dejado. La Monarquía, la Revolución, el Imperio, la Restauración, que tan pocas cosas respetaron, habían respetado aquella sala, en la que ni rastro dejaban los esplendores ó los desastres de la historia de la nación.

— ¡ Ah! madrina, muy agitada ha sido mi vida comparándola con la de usted, exclamó la señora de Bridau, sorprendiéndole haber encontrado hasta un canario, que ella conoció vivo, disecado sobre la chimenea, entre el antiguo reloj y los candelabros de plata.

— Hija mía, por dentro anda la procesión, contestó la anciana. Cuando mayor y más necesaria fué la resignación, más luchas tuvimos con nosotros mismos. No hablemos de mí, hablemos de sus asuntos. Está usted precisamente dándole cara el enemigo, repuso la señora de Hochón desig- nando la sala de la casa Rouget.

— Se sientan á la mesa, dijo Alfonsina.

Dicha joven, casi reclusa, miraba mucho por las ventanas, esperando sorprender algún indicio acerca de las enormidades achacadas á Max Gilet, á la Enturbiadora y á Juan Jacobo, de las que sólo algunas palabras llegaban á sus oídos cuando la despedían de la habitación para hablar de ellos. Dijo la anciana á su nieta que la dejara sola con la señora de Bridau y su hijo hasta que llegara alguna visita.

— Porque, añadió designando á los dos parisienses, me sé de memoria mi Issoudun, y tendremos muchos curiosos.

No bien había la señora de Hochón terminado de contar á los dos parisienses los acontecimientos y los detalles relativos al extraño imperio que Max y la Enturbiadora habían tomado sobre Rouget, con todos los adornos que unos y otros, en la ciudad, añadan, cuando vino Adolfinina á anunciar á los Borniche y á otros más : entre todo, catorce personas que se dibujaban en lontananza.

— Ya ves, hija mía, dijo al terminar la vieja, que no es cosa fácil el retirar esa fortuna de la boca del lobo...

— Tan difícil me parece, con un granuja como el que acaba usted de pintarnos, y una lagarta como la mujer esa, que me parece imposible, contestó José. Lo menos un año tendríamos que estar en Issoudun para combatir la influencia de esa pareja y desvanecer el imperio que han sabido tomar sobre mi tío... No vale la fortuna semejantes molestias, sin contar con qué hay que deshonorarse cometiéndole bajezas. Mamá sólo quince días de permiso tiene, su plaza es segura y no debe desperdiciarla; por mi parte tengo, en octubre, una importante tarea que Schinner me ha proporcionado en una posesión de un par de Francia... Y mire, señora, mi fortuna no está más que en mis pinceles.



Estas palabras fueron acogidas con profunda estupefacción. La señora de Hochón, aunque superior, relativamente, á la ciudad en que vivía, no creía en la pintura. Miró á su ahijada, y de nuevo le apretó la mano.

— Ese Max es el segundo tomo de Felipe, dijo el joven al oído de su madre; pero con más habilidad y más modos que Felipe... ¡Vaya, señora, dijo en voz alta, no disgustaremos largo tiempo al señor Hochón con nuestra presencia en su casa!

— Es usted joven y nada sabe usted del mundo, dijo la anciana. En quince días, sabiendo manobrar, se consiguen algunos resultados: escuchen mis consejos y aténganse á mis pareceres.

— Con mucho gusto, contestó José; soy una nulidad en cuestión de política doméstica, é ignoro, por ejemplo, lo que el mismo Desroches nos diría que hiciésemos sí, mañana, rehusa mi tío recibimos.

— Entraron varias señoras adornadas de sus esposos. Después de los cumplidos de costumbre, y una vez ya sentadas aquellas catorce personas, no pudo menos la señora de Hochón que presentarles á su ahijada Ágata y á José. No se movió éste de una butaca, ocupado solapadamente en estudiar las sesenta caras que desde las cinco y media á las nueve vinieron á ofrecerse á él gratis, como lo dijo á su madre. La actitud de José durante aquella tarde frente á los patricios de Issoudun no modificó la opinión de la pequeña ciudad respecto de él; cada cual se fué escandalizado por sus miradas burlonas, inquieto por sus sonrisas, ó asustado por aquella cara, que había de parecer siniestra á los que no sabían reconocer la extrañeza del genio.

Á las diez, cuando todo el mundo se acostó, la madrina retuvo en su cuarto á su ahijada hasta medianoche. Seguras de estar solas, aquellas dos

mujeres, al confiarse las penas de su vida, compartieron sus dolores. Al reconocer la inmensidad del desierto en que se había perdido la fuerza de una hermosa alma desconocida, al escuchar las últimas vibraciones de aquel espíritu cuyo destino resultó fracasado, al recibir la confianza de los padecimientos de aquel corazón esencialmente generoso y caritativo, cuya generosidad, cuya caridad, jamás pudieron ejercitarse á sus anchas, ya no se tuvo Ágata por la más desgraciada, viendo cuántas distracciones y cuántas atenuaciones había apartado, la existencia parisiense, á las amarguras enviadas por Dios.

— Usted que es piadosa, madrina, explíqueme mis faltas, y dígame lo que Dios castiga en mí.

— Nos prepara, hija mía, contestó la anciana al dar la primera campanada de las doce.

Á medianoche, los caballeros de la ociosidad acudían, uno á uno, cual sombras, bajo los árboles del bulevar Barón, y se paseaban hablando en voz baja.

— ¿Qué haremos esta noche? fué la primera palabra de cada uno al saludar á los demás.

— Me parece, dijo Francisco, que la idea de Max es darnos una buena cena, sencillamente.

— No, se ha puesto la cosa fea para la Enturbadora y para él; debe de haber imaginado algún golpe contra los parisienses....

— Estaría bien que los echase de aquí.

— Mi abuelo, dijo Baruch, ya muy contrariado por esas dos bocas más en su casa, se agarraría gustoso á cualquier pretexto....

— ¡Hola, caballeros! dijo Max llegando, ¿por qué mirar así las estrellas? No nos destilarán Kirsch, ¡Vaya, á la Cognette! ¡á la Cognette!

— ¡A la Cognette!

Este grito dado en común produjo un clamoreo horrible que pasó por la ciudad como la gritería



de una tropa en un asalto; y luego reinó profundo silencio. Al día siguiente, más de una mujer dijo á su vecina: «¿Oyó usted anoche, á eso de la una?... creí que había fuego en algún sitio.

Una cena digna de la Cognette alegró las miradas de los veintidós convidados, pues ningún caballero faltaba. Á las dos de la madrugada, Max tomó la palabra:

« Queridos hijos míos: Esta mañana, con motivo de la farsa que hemos llevado á cabo con la carreta de Fario, de tal manera ha sido herida la honra de vuestro gran maestre por ese vil comerciante, y además español, que he decidido hacerle sentir á ese mal criado el peso de mi venganza, pero sin pasar de los límites de nuestras diversiones. Después de haber meditado durante todo el día, he dado con el medio de armarle una que lo vuelva loco. Á la par que vengaremos á la orden, herida en mi persona, alimentaremos animalitos venerados por los egipcios, animalitos que, después de todo, son criaturas de Dios, y que los hombres persiguen injustamente. El bien es hijo del mal, y el mal es hijo del bien; tal es la ley suprema. Os mando, pues, á todos, so pena de desagradar á vuestro humildísimo gran maestre, que os proporcionéis lo más clandestinamente posible, cada cual veinte ratas, hembras y preñadas, si posible. Reunid vuestro contingente en el espacio de tres días. Si podéis hacerlos con más ratas, mejor que mejor. No deis comida alguna á esos interesantes roedores, pues es necesario que tengan un hambre devoradora. Notad bien que también acepto ratones. Multiplicando veintidós por veinte, tendremos cuatrocientos y tantos cómplices que, soltados en la antigua iglesia de Capuchinos, en donde ha puesto Fario todos los granos que acaba de comprar, consumirán cierta cantidad. ¡Pero no perdamos tiempo! Fario ha de entregar

gran cantidad de grano dentro de ocho días; y quiero que mi español, que está ahora de viaje para sus asuntos, halle mermado su depósito.

« Señores, no tengo el mérito de tal ocurrencia, dijo al notar señales de general admiración. Demos al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios: esto no es sino una imitación de los zorros y zorras de Sansón, en la Biblia. Pero Sansón fué incendiario, y, por consiguiente, poco filántropo; en tanto que nosotros, semejantes á los bracmanes, somos los protectores de razas perseguidas. Ya la señorita Flora Brazier ha colocado todas las ratoneras de la casa, y Kuski, mi brazo derecho, está á caza de bichitos de esos.

— Sé, dijo el joven Goddet, dónde hallar un animal que vale por cuarenta ratas.

— ¿De qué se trata?

— De una ardilla.

— Y yo, dijo un novato, ofrezco un mono que se hartará de trigo.

— Malo, dijo Max, pues se sabría de dónde proceden esos bichos.

— También se puede llevar de noche, dijo el joven Beaussier, un palomo tomado de cada uno de los palomares de las granjas vecinas, haciéndolo pasar por un agujero abierto en el tejado, y no tardará en haber miles de palomos.

— Como conclusión: el granero de Fario queda, por espacio de una semana, entregado al brazo vengador de la orden. Sabéis que madruga la gente en Saint-Paterne: que no vaya nadie sin suelas de orillo. El caballero Beaussier, inventor de los pichones, queda de director de esa farsa. Yo me reservo el dejar mi nombre en cada montón de trigo; ocupaos vosotros de los roedores. Si duerme algún criado en el granero, habrá que emborracharlo hábilmente, de manera á que se aleje de aquel sitio.



— Nada nos dices de los parisienses, hizo observar Goddet.

— Hay que estudiarlos, contestó Max. Sin embargo, ofrezco mi escopeta de caza, regalo del emperador, obra maestra de la manufactura de Versalles (vale dos mil francos) á quien lalle medio de jugarles una mala pasada á esos parisienses, algo que de tal manera los indisponga con los Hochón, que ellos mismos deseen irse, sin, por supuesto, que esto cause grave perjuicio á los abuelos de mis dos amigos Baruch y Francisco.

— ¡Convenido! dijo Goddet, gran amigo de la caza.

— Si el autor de la broma no quiere mi escopeta, tendrá mi caballo.

Desde aquella cena, veinte cerebros se pusieron á buscar algo contra Ágata y su hijo, ateniéndose á aquel programa. Pero sólo el diablo ó la casualidad podían dar con algo, de tal manera las condiciones impuestas hacían la cosa difícil.

Al día siguiente por la mañana, Ágata y José bajaron un momento antes del almuerzo, que se efectuaba á las diez. Antes había habido el desayuno, consistente en una taza de leche y una rebanada de pan con mantequilla. Mientras esperaban á la señora de Hochón, que empleaba mucho tiempo en su tocador, José vió en el umbral de la casa de enfrente á Juan Jacobo, en pie; con gesto natural lo designó á su madre, la cual no pudo reconocer á su hermano, tan cambiado estaba.

— Ahí tiene usted á su hermano, dijo Adolfin, que daba el brazo á su abuela.

— ¡Qué idiota! exclamó José. Ágata cruzó las manos y alzó los ojos al cielo :

— ¡En qué estado lo han puesto! ¿Es eso un hombre de cincuenta y siete años?

Quiso mirar atentamente á su hermano y vió detrás del anciano á Flora Brazier, con la cabeza al

aire, dejando ver bajo un chalecillo transparente hombros y un pecho admirables; además estaba ricamente vestida y muy bien alhajada, como una cortesana rica. En aquel momento le traía la Enturbadora á Juan Jacobo su gorro de seda negra para que no se resfriase : escena hábilmente calculada.

— ¡Eso es lo que se llama una hermosa mujer, cosa rara!... ¡Qué formas, qué carnes, qué tonos, que plenos, que redondeces, qué hombros!... Hermoso modelo para una Venus.

Adolfin y la señora de Hochón no comprendían; pero Ágata les hizo seña de que ella estaba al tanto de aquella fraseología.

— ¿Le parece á usted hermosa la mujer que le arrebató una foturna? dijo la señora de Hochón.

— Eso no le quita el ser un hermoso modelo; es lo bastante carnosa, pero sin que pierdan las caderas su dibujo....

— Hijo mío, no estás en tu estudio, dijo Ágata; Adolfin te oye.

— Es verdad; pero desde París, sólo he visto monas en vez de mujeres....

— Pero, dígame, querida madrina, dijo Ágata, ¿cómo podrá ser que yo vea á mi hermano, si vive con esa mujer?

— ¡Pues iré yo á verlo, exclamó José. Ya no me parece tan imbécil desde que he visto que se recrea con la contemplación de semejante hermosura.

— Pues si no fuera un imbécil, dijo el señor Hochón, recién llegado, se hubiera casado tranquilamente, hubiera tenido hijos, y ahora no podrían ustedes pensar en su herencia; de modo que no hay mal que por bien no venga.

— Buena idea ha tenido su hijo de usted, irá primero él solo á ver á su tío, dijo la anciana; le hará entender que, para que usted se presente, tiene que estar solo.



— Con lo cual quedará herido el amor propio de la señora Brazier, hizo observar Hochón. Créame, señora, acepte las cosas como son. Si no arranca usted toda la herencia, trate de tener siquiera una buena manda.

No eran los Hochón de fuerza á luchar con Max. En medio del almuerzo, el polaco trajo, de parte de su amo, el señor Rouget, una carta dirigida á su hermana. He aquí dicha carta, leída por el viejo Hochón :

« Querida hermana : Sé por extraños que acaba usted de llegar á Issoudun. Adivino el motivo por el cual ha preferido usted á la mía la casa de los señores de Hochón, pero si viene usted á verme, será recibida en mi casa como lo merece. De buena gana me hubiera adelantado yo á visitarla primero, pero mi salud me obliga á no salir, siquiera momentáneamente; reciba por ello mis atentas excusas. Mucho me gustará ver á mi sobrino, al que desde luego convidó á comer hoy conmigo, pues los jóvenes son menos quisquillosos que las mujeres respecto de la compañía; mucho me agrada viniendo acompañado de los señores Baruch Borniche y Francisco Hochón ».

Su cariñoso hermano,

J. J. ROUGET.

— Diga que estamos almorzando, que la señora de Bridau contestará luego, y que quedan aceptadas las invitaciones, contestó el señor Hochón á su criada.

Y se puso el anciano un dedo sobre los labios para imponer silencio á todos. Una vez que quedó ya cerrada la puerta de la calle, el viejo, incapaz de sospechar la amistad que unía sus dos nietos á Max, lanzó sobre las dos mujeres una de sus más astutas miradas :

— Así ha escrito él eso como puedo yo dar quinientos francos... Eso es cosa del soldado.

— ¿Y qué? contestó la anciana, pues contestaremos. Y usted, dijo mirando al pintor, vaya usted á esa comida; pero si...

Y se detuvo, paralizada por una mirada de su marido. Al ver cuán viva era la amistad de su mujer por Ágata, el viejo temió que le dejara ella algo de su testamento, caso de que nada cogiera la ahijada de la herencia de Rouget. Aunque tenía quince años más que su mujer, aquel viejo esperaba enterrarla y verse dueño de las dos fortunas; esta esperanza era su idea fija. Por eso había adivinado la anciana el medio de conseguir ciertas cosas de su marido, amenazándole con hacer testamento. El señor Hochón tomó partido por sus huéspedes; se trataba de sumas cuantiosas, y antes que ir á otros, prefería verlas en manos de los herederos naturales; y además, que cuanto antes terminara aquel asunto, más pronto se marcharían la viuda y su hijo. La actividad cerebral del viejo, dormida por la provincia, despertaba; y quedó agradablemente sorprendida la anciana al oír, aquella misma mañana, algunas palabras afectuosas de Hochón acerca de Ágata : de modo que los Bridau contaban con aquella ayuda más.

Hacia las doce, las inteligencias de los señores Hochón, de Ágata y de José, reunidas, estos dos últimos extrañados de la escrupulosidad con que los dos ancianos escogían las palabras, dieron á luz la contestación siguiente, hecha únicamente para Flora y Max.

« Querido hermano : Si he permanecido treinta años sin volver por aquí, y sin relacionarme con nadie, ni siquiera con usted, culpa de ello la tienen, no sólo las falsas y extrañas ideas que concibió mi padre respecto de mí, sino las desgracias, y tam-



bién la dicha de mi vida en París; pues si Dios hizo feliz á la esposa, bien cruelmente ha herido á la madre.

« No ignora usted que mi hijo, su sobrino de usted Felipe, está á punto de verse formar causa criminal por su lealtad hacia el emperador. Así pues no le extrañará á usted saber que una viuda, obligada, para vivir, á aceptar un módico empleo en una administración de lotería, venga en busca de consuelos y de socorros junto á quienes la han visto nacer. La profesión á que se dedica mi hijo segundo, que es el que me acompaña, es una de las que requieren más talento, más sacrificios y más trabajo, antes que dé resultado. En ella, la gloria precede la fortuna; con esto le digo que cuando ya José ilustre á nuestra familia, él será pobre todavía.

« Su hermana de usted, mi querido Juan Jacobo, habría soportado en silencio los efectos de la injusticia paterna; pero perdone usted á la madre el recordarle que tiene usted sobrinos; uno que llevó las órdenes del emperador en Montereau, que servía en la guardia imperial en Waterloo, y que ahora está en la cárcel; y el otro que, desde los trece años, es arrastrado por la vocación en una carrera difícil, pero gloriosa.

Por todo esto le doy á usted, querido hermano, las más expresivas gracias por su carta, tanto por mí como por José, que luego se encaminará hacia su casa de usted. La enfermedad lo excusa todo, mi querido Juan Jacobo, y mañana mismo iré yo á verle : siempre está bien una hermana en casa de su hermano, cualquiera que sea el género de vida que éste haya adoptado. Le abrazo tiernamente.

ÁGATA ROUGET. »

— Ya está enganchado el negocio, dijo Hochón. Ahora ya, cuando vaya usted á ver á su hermano.

puede usted hablarle resueltamente de sus sobrinos.

La carta fué llevada por Margarita, que volvió, diez minutos después, contándoles á sus amos lo que pudo ver ú oír, según uso de gente de provincia.

— Señora, dijo, desde ayer están arreglando la casa, dejada por la señora...

— ¿Qué señora? preguntó el viejo.

— Pues así es como llaman en la casa á la Enturbiadora, contestó la criada. Dejaba la sala y cuanto interesaba al señor Rouget en un estado que daba lástima; pero desde ayer ya está la casa como estaba antes de la llegada del señor Gilet. Parece un espejo. La cocinera me ha dicho que esta mañana, á las cinco, se marchó Kuski á caballo, en busca de provisiones; que regresó á eso de las nueve, y que habrá una excelente comida, una comida como para el arzobispo. El señorito Juan Jacobo no hace más que decir : « Quiero festejar á mi sobrino », y quiere que le enseñen todo lo que se va á poner. Parece ser que *los Rouget* se han mostrado muy halagados de la carta. La señora ha venido á decírmelo. ¡ Tenía un traje... un traje! no he visto nada tan hermoso; en cada oreja tenía un brillante de tres mil francos, según me dijo luego la Vedie. ¡ Y sortijas, y encajes, y pulseras! Y un vestido de seda, que ni un paño de altar... Conque me dijo la señora : « Mucho le agrada al señor saber que su hermana es tan cariñosa, y esperamos que ella nos permitirá que la festejemos cual merece, Por la acogida que le hagamos á su hijo conocerá nuestras intenciones... Mucho desea el señor ver á su sobrino. « Tenía la señora zapatitos de satin negro, y unas medias... Verdaderas maravillas. Hay como flores en la seda, y agujeros como encajes, por entre los cuales se ve la carne. En fin, que está muy



guapa, y con un delantal no mayor que la mano, y que, según me ha dicho la cocinera, vale el salario de un año de las dos.

— Por lo visto hay que ir allí bien vestido, dijo el artista sonriéndose.

— ¿En qué estás pensando, señor Hochón? dijo la anciana cuando ya se hubo marchado Margarita.

La señora de Hochón designaba su marido á su ahijada, con la cabeza entre las manos, apoyado el codo en el brazo de su butaca y sumido en reflexiones.

— Se las han ustedes con gente ducha, dijo el anciano. Con sus ideas de usted, joven, añadió designando á José, no es usted capaz de luchar con un individuo del temple de Max. Cualesquiera que sean las recomendaciones que yo le haga, hará usted tonterías; pero, de todas maneras, cuénteme bien esta noche cuanto haya visto, oído y hecho.

« Ande, y que sea lo que Dios quiera. Trate de estar á solas con su tío; si no lo consigue, trate de saber cuanto pueda; pero si consigue usted verle sin testigos, arree usted de firme, defendiendo la causa de su madre de usted...

Á las cuatro pasó José el estrecho que separaba la casa Hochón de la casa Rouget, aquel camino de tilos enfermizos, de unos doscientos pies de largo, y ancho como la Grande Narette. Cuando se presentó el sobrino, Kuski, con media bota alta de charol, pantalón de paño negro, chaleco blanco y frac negro, le precedió para anunciarlo. Ya estaba puesta la mesa en la sala, y José, que fácilmente conoció á su tío, lo abrazó, y saludó á Flora y á Max.

— No nos hemos visto desde que estoy en este mundo, querido tío, dijo alegremente el pintor; pero más vale tarde que nunca.

— Es usted el bienvenido, amigo mío, dijo el

anciano mirando con aire atontado á su sobrino.

— Señora, le dijo el pintor á Flora con el arrebatado de un artista, esta mañana le he estado enviando á mi tío el placer que tiene en poderla admirar á usted todos los días.

— ¿Verdad que es hermosa? dijo el viejo cuyos ojos apagados se volvieron casi brillantes.

— Hermosa hasta el punto de poderle servir de modelo á un pintor.

— Sobrino mío, dijo Rouget, después de empujarle Flora con el codo, aquí tienes al señor don Max Gilet, un hombre que, como tu hermano, ha servido al emperador en la guardia imperial.

José se levantó y se inclinó.

— Señor mío, su hermano de usted estaba, creo, en los dragones, en tanto que yo estaba en la humilde infantería, dijo Max.

Á caballo ó á pie, dijo Flora, todos arriesgaban su pellejo.

José y Max se observaban mutuamente. Max estaba vestido como los jóvenes elegantes de entonces, pues le hacían su ropa en París. Un pantalón de paño azul cielo, con anchos pliegues, sólo la punta de sus pies, adornados de espuelas, dejaba ver. Llevaba un chaleco blanco con botones dorados y cerrado por detrás; aquel chaleco, abrochado hasta el cuello, dibujaba bien su ancho pecho, y su cuello de satín negro le obligaba á llevar la cabeza derecha, á modo de militar. Llevaba un frac negro muy bien cortado. Del bolsillo de su chaleco colgaba una linda cadena de oro, en la que apenas se notaba un reloj plano.

« Buena figura la de este joven, pensó, cual pintor, ante la expresión de viveza, el aspecto de fuerza y la mirada de inteligencia que Max había heredado de su padre. Como debe de ser muy aburrido el vivir con mi tío, la hermosa muchacha ha buscado compensaciones...



En aquel momento llegaron Baruch y Francisco.

— ¿No ha visto usted aún la torre de Issoudun? preguntó Flora á José. Si quisiera usted dar un paseito mientras está lista la comida, que no será antes de una hora, con gusto le enseñáramos la gran curiosidad de este rincón.

— De buena gana, dijo el artista, incapaz de ver en esto el menor inconveniente.

Mientras iba Flora á ponerse el sombrero, sus guantes y su chal de seda, se levantó de repente José al ver los cuadros, como movido por fuerza extraña.

— ¡Ah, tiene usted muchos cuadros, tío! dijo examinando uno de ellos.

Sí, contestó el tío, proceden de los Descoings, quiénes, durante la Revolución, han comprado lo que se vendía de conventos y demás.

José ya no escuchaba, admiraba cada cuadro.

Hay más en el desván, unos siete ú ocho, que han sido conservados sólo por los marcos, dijo Gilet.

— ¿Vamos á verlos? preguntó el artista, al que llevó Max al desván.

José bajó entusiasmado. Dijo Max algo al oído de la Enturbiadora, la cual tomó á parte al viejo y le dijo al oído, pero de manera á que la oyera José :

— Su sobrino de usted es pintor; usted, nada hará de esos cuadros : regáleselos.

— Parece ser, dijo el viejo apoyándose en el brazo de Flora, para llegar hasta el sitio en que estaba su sobrino, extasiado ante un Albano, parece ser que eres pintor.

— Principiante, todavía.

— Bien, pues si de algo pueden servirte esos cuadros en tu oficio, te los regalo... pero sin los marcos, Los marcos son dorados, y me hacen gracia; y en ellos pondré...

— Pues las copias que yo le enviaré, y que serán de la misma dimensión.

— Pero eso le embargará á usted mucho tiempo, y necesitará usted lienzos y colores, dijo Flora. Tendrá usted que gastar dinero... Vaya, papá Rouget, ofrezca usted á su sobrino cien francos por cuadro; ahí tiene usted veintisiete; hay creo, once muy grandes en el desván, y que han de ser pagados el doble. Pongamos cuatro mil francos por todo. — Si, eso es, bien puede su tío de usted pagarle cuatro mil francos por las copias, puesto que se queda con los marcos... Y que también usted necesitará marcos, y dicen que valen más que los cuadros, puesto que tienen oro... Diga, señor, repuso Flora moviendo el brazo del viejo, vaya, me parece que no es caro : por cuatro mil francos le dará á usted su sobrino cuadros nuevos en vez de los viejos... Es, le dijo al oído, una manera decente de darle cuatro mil francos; no parece nadar en la abundancia.

— Bueno, pues te pagaré cuatro mil francos por las copias, sobrino.

— No, no, contestó el honrado José : cuatro mil francos y los cuadros, es demasiado, porque los cuadros tienen su valor...

— ¡Pero acepte usted, simplón! le dijo Flora, puesto que el dinero es de su tío de usted.

— Bueno, pues acepto, dijo el pintor, aturdido por el negocio que acababa de hacer, pues había reconocido un cuadro del Peruginio.

Así estaba de alegre el artista, dándole, en la calle, el brazo á la Enturbiadora, lo cual sirvió admirablemente los planes de Max. Ni Flora, ni Rouget, ni Max, ni nadie en Issoudun podía conocer el mérito y precio de los cuadros, y el astuto Max creyó haber comprado por una bagatela el triunfo de Flora, que se paseó muy orgullosa del brazo del sobrino de su amo, en animada conver-